

Sergio Chejfec

Mis dos mundos

Candaya S.L.
ISBN 978-84-936007-6-1
128 págs.; 19.5 x 14 cm
PVP 14 €

Sergio Chejfec es un nuevo punto de partida. Tuve que pensar mucho por qué me atrae de una manera tan fuerte. Chejfec escribe a partir del Kafka que Borges hace posible leer (Beatriz Sarlo).



LA OBRA: *MIS DOS MUNDOS*

Este relato es la crónica de un caminador. De paso por una ciudad del sur del Brasil, el escritor celebra haber encontrado el parque ajustado a su situación anímica; pero poco a poco irá reconociendo que son sus propias impresiones y pensamientos, no precisamente halagüeños, los que personalizan el paisaje y sus habitantes. Aquello que empezó siendo una experiencia de hiperpercepción, que aspiraba sobre todo a la exactitud y al matiz, se convierte en un arriesgado ejercicio de hiperconciencia, que oscilará entre la lucidez y el delirio.

Detalles y gestos en apariencia banales se convierten en misteriosos símbolos (un agricultor que desde el televisor confiesa su miedo, un reloj de pulsera cuyas agujas avanzan al revés, la mirada turbadora de los pájaros de un aviario, los pies descalzos del anciano con el que se comparte un banco, la inexplicable inmovilidad de las carpas y tortugas del lago, el silencio conmovido de los cisnes metálicos) y las cosas se manifiestan de repente como eslabones que lo encadenan al mundo, a la historia y a su propio abismo interior.

Metáfora de otros viajes y cifra del tiempo vivido, *Mis dos mundos* despliega desde el Sur una incisiva mirada sobre las condiciones del presente y del pasado cercano: el efecto desintegrador de la mundialización y su apuesta por los paisajes clónicos, los extrarradios sin amparo y los habitantes indeterminados, el peaje de vacío que conllevan ciertas migraciones, el recuerdo del holocausto, la aséptica reconstrucción de las ciudades destruidas en la Segunda Guerra Mundial, la convivencia urbana con las ambiguas formas de lo natural...

En voz baja y de modo aproximativo, Sergio Chejfec va dibujando un cierto estado del alma (entre la decepción y el miedo, la confusión y la incertidumbre) en el que no resulta extraño reconocerse.

EL AUTOR

Sergio Chejfec nació en Buenos Aires en 1956.

Entre 1990 y 2005 vivió en Caracas y desde entonces reside en Nueva York.

Ha publicado las novelas: *Lenta biografía* (1990), *Moral* (1990), *El aire* (1992), *Cinco* (1996), *El llamado de la especie* (1997), *Los planetas* (1999), *Boca de lobo* (2000), *Los incompletos* (que contó con el apoyo de la beca Guggenheim, 2004) y *Baroni: un viaje* (2007).



Es autor también de los libros de poemas: *Tres poemas y una merced* (2002) y *Gallos y huesos* (2003), y del libro de ensayos *El punto vacilante* (2005).

Sergio Chejfec es uno de los autores más sólidos y prestigiosos del nuevo canon de la literatura argentina. Su obra narrativa ha sido analizada y reivindicada por escritores y críticos tan prestigiosos como Beatriz Sarlo, Alberto Manguel o Alan Pauls.

LA CRÍTICA HA DICHO:

El último libro de Sergio Chejfec, *Mis dos mundos*, es una narración reflexiva, en primera persona, de un paseo por el gran parque de una ciudad del sur de Brasil, que tiene lugar en el mes de noviembre, pocos días antes del cumpleaños del narrador. Sería sencillo decir: relato sebaldiano. Sin embargo, el narrador de Sebald tiene un propósito, aunque seguirlo exija circunvoluciones y despistes, mientras que Chejfec evoca la desgarradora ausencia de finalidad de Robert Walser. Lo que Chejfec comparte, en cambio, con Sebald (y, claro está, también con Walser) es el narrador/personaje "sin cualidades": incapaz tanto de entusiasmos como de creencias, inerte y, sobre todo, resistente a cualquier exhibición (...) En *Mis dos mundos* Chejfec lleva a un límite cualidades de su narrativa anterior. Escritor recatado y enigmático, excéntrico por originalidad de lo que hoy es la literatura, Chejfec alcanza una especie de tranquila soledad en el espacio nervioso de las novedades literarias. Se tiene la impresión de estar frente a un escritor completamente libre de cálculo, que confía encontrar sus lectores sin salir a buscarlos. Impertérrito, Chejfec escribe. **Beatriz Sarlo** ("La originalidad y el recato", *Diario Perfil*, 5 de octubre de 2008).

Mis dos mundos recupera la larga caminata que el narrador realizó en busca de un gran parque (y luego, dentro del parque mismo) durante una tarde en una ciudad del sur de Brasil. Pero lo que en realidad encierra la caminata como motivo de la escritura es la posibilidad de arrancarle a lo incidental y a lo mínimo una realización verbal única, una densidad sólo concretable dentro del particular universo novelístico de Chejfec (...) No se trata de "poetizar" la experiencia, sino justamente de "novelarla", desde una concepción de la novela sin dudas cercana a la de Juan José Saer, aunque de concreción diferente. **Soledad Quereilhac** (ADN, Suplemento de *La Nación*, 25 de octubre de 2008).

Chejfec (...) se convirtió en una moneda rara, excéntrica, una de esas monedas que parecen existir para contradecir la "función monetaria": para probar que hay cosas, al menos en la economía de la literatura, que no pueden intercambiarse con ninguna otra. Cosas –libros- únicos." **Alan Pauls** ("Elogio de la distancia", a propósito de la publicación de *Los planetas*).

"Justamente porque las palabras de las que está hecho no alcanzan nunca a decir lo que la intuición vislumbra, la imaginación cree concebir, la mente está a punto de comprender, ciertos libros, valerosamente armados, conscientes de sus limitaciones y orgullosos de sus faltas, se prestan, generación tras generación, a un siempre inédito intento de lectura. Precisamente porque en literatura no logra decirse todo (o sólo logra decirse muy poco) el lector puede llenar los entrelineados y silencios con batallones de significados y muchedumbres de interpretaciones. "Sólo palabras son las que yo pongo aquí, y únicamente eso", dice el narrador de Chejfec, y el lector sabe que miente. Entre "sólo palabras" y "únicamente eso" está toda la literatura escrita y por escribir" **Alberto Manguel** (Babelia 16 de febrero de 2008).

"Una opción literaria experimental a la que algunas voces auguran un impacto similar al del Aira actual." **Raquel Garzón** (El País, Babelia).

"La línea de la exploración de la crisis agónica del lenguaje como representación de lo real externo y de lo subjetivo, que cuenta entre sus cultivadores a Sebald, Peter Handke o Coetzee, tiene posiblemente su mayor representante en nuestra lengua a Sergio Chejfec." **Jorge Carrión** (ABCD, 2008. A propósito de la publicación de *Baroní*).

ALGUNAS REFLEXIONES DE SERGIO CHEJFEC SOBRE SU ESCRITURA:

Mi obra es tentativa, va cambiando y derivando hacia cosas en las que antes no había pensado. No siento fidelidad hacia una estética en particular y mi formación fue un poco asistemática, es por eso que me parece que soy algo ecléctico. Sí creo en la idea del riesgo, lo llamo así por falta de una palabra mejor. No vale la pena escribir libros similares a otros, uno debe plantearse la creación como un desafío.

Siempre me ha interesado la literatura de los detalles, sólo que antes eran más indeterminados en su contexto. Creo que a veces mis libros proponen una especie de convivencia entre determinación e indeterminación, porque a mi entender en esa frontera es donde se produce la ficción, o por lo menos el tipo de ficción un poco abstracta y cavilante que me gusta ensayar.

No me interesa tanto cómo ocurren las cosas sino cómo se describen; y en la elaboración de esa descripción es donde encuentro la aventura narrativa que me atrae. Por eso mis textos son un poco reflexivos, con una leve inclinación a lo ensayístico. Sin embargo yo no opondría ensayismo y ficción. Creo que muchas veces contribuyen a establecer equilibrios variables. Hay una densidad que la ficción sola ya no puede crear, y viceversa. Me interesa intervenir en la frontera de ambos registros.

No me gustan las novelas convencionales, como tampoco las que se proponen ser correctas o sintonizar el momento, la moda, lo previsible...

No es cierto que la literatura deba ser simple porque es simple la realidad. La realidad nunca es simple, incluso si solo quisiéramos asignarle valores. Cuando más loca, enrevesada e incomprensible es una literatura, más honesta es con la realidad.

El idioma se demuestra más apto cuando puede decir lo máximo con lo menos. Me interesa hacer literatura con poco, porque esa escasez supone, efectivamente, una nueva posibilidad para el lector.

Idealmente, para mí el tiempo de la escritura debe coincidir con el de la acción. En la medida en que el relato es una explicitación del entendimiento y de la sensibilidad, el lector comparte el escenario con el narrador. El narrador se convierte en lector de sí mismo.

Algunos fragmentos de *Mis dos mundos*

Una vez en la orilla, entre la enramada de la vegetación inclinada hacia el agua, lo que implicaba cierta dificultad para moverme, pude apreciar el grupo de cisnes en toda su majestad y su realismo. Tenían una altura como de tres metros, y pese a tales medidas la proporcionalidad de sus cuerpos se exponía perfecta, tanto que el serpenteo estilizado de los cuellos, proverbialmente elogiado por los modernistas, ofrecía en estos modelos gigantes un nuevo e indiscutible argumento de confirmación. El verismo de los cisnes incluía los detalles menores, como por ejemplo el color de los picos, todos de un anaranjado subido de tono, casi rojo, con la sola excepción de un caso, que lo tenía amarillo, como por otra parte es probable que a veces ocurra en la vida real.

No sé si habrá muchas especies de cisnes, en cualquier caso allí había una bastante representada, que yo conozca: el llamado cisne vulgar, de cuerpo blanco, con su habitual antifaz negro que torna misterioso su rostro y hace parecer iguales a todos los ejemplares. Tampoco sé como llamar al otro grupo allí presente, a lo mejor "cara blanca" a secas; o quizá se acercaban peligrosamente a los gansos, porque la única diferencia con el vulgar era que carecían del antifaz. Por lo demás, ambos tipos mostraban similar morfología. Como su nombre lo indica, el cisne de cara blanca no presenta otro color en el rostro, aparte del pico, ya mencionado, y los ojos negros. En cambio, en el cisne vulgar se dibuja el lienzo negro que nace en la base del pico y le cubre los ojos. Descripto así puede parecer una venda, pero en realidad el antifaz es un poco ondulado y exhibe hacia los extremos de la cara, donde uno supone deberían estar las orejas, si las tuviera, unas aberturas blancas que hacen las veces de ojos, pienso, o por lo menos otorgan al rostro de los miembros de este grupo un dinamismo o una gracia de la que carecerían sin esa fantasía a primera vista teatral. Cisnes anónimos, podría pensarse, que buscan estar de incógnito. Los de cara blanca tienen grandes los ojos, representados por dos círculos negros estampados casi sobre el cráneo.

A diferencia de casi cualquier cisne real, les faltaba la carúncula, la prominencia carnosa que les crece a ciertas aves en la base del pico o en la cabeza y que, como dicen los manuales, suele ser eréctil. Es razonable por lo tanto que estos cisnes no tuvieran el adminículo, por cuanto el único simulacro de movimiento al que podían aspirar era la navegación a pedales. Conservo una foto donde aparecen alineados en filas de a seis sobre un costado de la rampa de embarque, presumiblemente amarrados. Aparte de lo ya descripto, me impresionó de ellos tanto su silencio como su disposición. Ambas cualidades pueden parecer fantasiosas, ya que no me

engaño: uno debe activar la imaginación para asignar vida a estos cisnes. Lo mismo ocurre con todo lo inanimado, debemos prestarle vida, pero no en todo lo inanimado comprobamos en tal grado ese tipo de silencio y esa disposición que yo verificaba entonces, digamos a buscar una sintonía con alguna escala humana. Era claro que los lunes no nadaban demasiado. Si uno quería adjudicarles vida, podía pensar que ello se debía al cansancio acumulado el fin de semana, los días de mayor trabajo. Sin embargo, pese a estar así como se dice estacionados, su faceta realista se confirmaba en el hecho de parecer preparados para moverse en cualquier momento. (Páginas 88-90).

Ahora me acuerdo de Kentridge, el famoso sudafricano cuyos personajes dibujados, en especial uno, por quien tiene una especial inclinación, de nombre Félix, tanto que según parece es su alter ego, raramente miran hacia el punto de vista de la imagen. No obstante compensan esa característica, si es que debe ser compensada y no abandonada del todo, con la proyección de miradas visibles, no sé cómo llamarlas mejor. Una mirada visible sería el trazo del recorrido de la mirada, como si se tratara de un haz de luz o de un fluido luminoso. William Kentridge dibuja las miradas visibles a través de líneas punteadas, parecidas a los chorros de la fuente de este parque donde estuve y sus múltiples direcciones, que detallé más arriba. Así, un objeto físicamente imposible de describir para la pintura o el dibujo, como es el comportamiento visual de los personajes cuyos ojos no vemos, en este caso consigue realizarse. Podemos observar a Félix de espaldas, o de costado, mientras contempla un punto del paisaje, un rincón de la habitación o las estrellas del firmamento, y notamos cómo salen de sus ojos unos guiones intermitentes que forman la línea punteada, dando la impresión de ser un camino de hormigas o una acción en proceso, para el caso sería casi lo mismo.

De este modo, la mirada abandona su habitual lastre de pasividad. El argumento físico, posiblemente erróneo, en que se sostiene esta idea, supongo, es que la luz no es demasiado rápida y por lo tanto la contemplación misma resulta materializable, y por ende visible con facilidad. Las líneas punteadas no solo representan un vínculo, sino la mirada en proceso de renovación continua, tendida hacia el punto observado, como si cada raya, por pequeña que sea, fuera una concisa o magna concentración de energía disparada desde el ojo que al llegar a su objetivo se desvanecerá. Kentridge es conocido por sus dibujos animados compuestos con grafito, que cuentan historias de adultos a la manera de los pioneros de la animación. A veces parece que busca representar el apetito insaciable del sistema capitalista, devorador de almas, cuerpos y naturaleza; otras veces expone reflexiones gráficas cargadas de melancolía acerca de sentimientos y acciones humanas. En general me resulta conmovedor asistir a las metamorfosis físicas de sus personajes, dependientes de fuerzas terrenales que literalmente los disuelven, los extinguen o los recomponen bajo otra forma en el próximo dibujo.

Una vez terminada la anécdota en la que fueron protagonistas, estas personas sucumben a su propio avatar corporal. Uno ve las siluetas en movimiento y advierte el supremo cansancio que domina a estos personajes cuando ya han dado casi todo de sí mismos; llega un momento en que parecen trastabillar, se confunden en el bosque de rayas en que se ha convertido la pantalla y un fotograma después se han desvanecido o transformado. No hace falta decir que cada vez con mayor frecuencia me siento un personaje de Kentridge, en especial Félix, ese ser errabundo, alguien versátil a la deriva de la historia y al curso de la economía, pero al mismo tiempo exageradamente indolente ante aquello que lo rodea, cosas o individuos, hasta el punto de sucumbir sin sobresaltos a las consecuencias, en ocasiones definitivas, de sus acciones. (Páginas 110-112).